

azotea su mesa y sus avíos, y escribía allí viendo la Plaza San Antonio, y TODA la Calle Ancha y el mar y la Alameda y TODO... (p. 241). O ...por la parte del muelle se ven la torre del Ayuntamiento y los barcos y la Catedral, y luego, pasando la Punta San Felipe, empiezas a ver la Alameda y el Carmen, la Torre Tavira, el Faro Las Puercas, TODO (3). El tiempo va desde el tratamiento de cada uno de los tiempos interiores a cada relato hasta la remisión a un tiempo narrativo que se remonta a la gestación remota de los cuentos de *Las mil y una noches* (4). A ellas apelan el título de la novela, su estructura, el procedimiento del relato oral, la inclusión de las historias adicionales y la peculiar situación vital de la protagonista en el tiempo presente: el tiempo de la emisión, que llena las seis cintas magnetofónicas que conforman la totalidad de la narración de Hortensia.—ENRIQUETA MORILLAS (*San Martín de Porres*, 41, 3.º F. MADRID-35).

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

UN BYRON DE LAS PAMPAS

The South American Sketches of R. B. Cunninghame Graham. Selected and edited with an Introduction, Notes, Glossary and Bibliography by John Walker. University of Oklahoma Press, Norman, 1978, 292 pp.

Nacido en Londres, Robert Bontine Cunninghame Graham (1852-1936) llevaba la suficiente mezcla de ancestros y lejanías en su ascendencia como para estar condicionado al viaje, esa forma de vida. Su madre era de origen hidalgo español y había visto la luz en un barco frente a las costas de Venezuela, donde pasó sus tres primeros años, y en el lugar donde estaba destinado su padre, marino de profesión. El señor Cunninghame, a su vez, era un soldado oriundo de Escocia. Aunque criado en aristocráticos colegios de Harrow y

(3) Las mayúsculas son nuestras. La cita última corresponde a la p. 285.

(4) *Las mil y una noches*, *Alf lalla wa-lalla* en árabe, no indica el número mil uno sino una gran cantidad (es impar porque los musulmanes creían que los pares eran de mal agüero). Como se sabe, es una colección de cuentos de extensión desigual y origen diverso, oriental predominantemente, pero con posterior incorporación del elemento cristiano. Estructuralmente, se presenta como un relato que contiene infinidad de relatos; Scherezada, para evitar el ser decapitada al amanecer, deja intencionadamente las historias sin terminar, intercalando cada cuento en otro, y continuando la serie hasta nunca acabar. Es un procedimiento antiquísimo, que se registra en la antigüedad oriental y greco-romana. (Para ampliar detalles puede consultarse: Enrique Anderson Imbert, *Los primeros cuentos del mundo*, Bs. As., Marymar, 1977, especialmente en p. 298).

Bruselas, su frecuentación de la abuela materna, una gaditana, lo familiarizó con el idioma castellano y con el aventurero mundo criollo. No es casual que en 1870, con la connivencia materna, intentara su primera excursión pampeana, a la Argentina.

En las pampas, Cunninghame pasó a ser «Don Roberto», disfrutó de los caballos que él consideraba los mejores del mundo, convivió con los gauchos, bebió el áspero vino Carlón de las pulperías, traficó ganados, organizó riñas de gallos, frecuentó el amor fugaz y pago de las *chinas cuarteleras* (suerte de soldaderas criollas de las guerras civiles) y de las *quitandelras* y hasta participó en la revolución del caudillo entrerriano López Jordán contra el presidente Sarmiento, en que fue muerto Justo José de Urquiza. El, un culto caballero (en el más amplio sentido de ser «hombre de a caballo») se puso del lado de la «barbarie» contra la «civilización».

Abandonó en 1873 los ejércitos sublevados y marchó al Paraguay, donde obtuvo una concesión para cultivar yerba mate. Se encontró con los restos de un país destruido por la guerra exterminadora de la Triple Alianza, apenas poblado por viejos y por mujeres. Esta vez tomó el partido de la civilización. Muchos años después, en 1933, publicará su *Portrait of a Dictator*, requisitoria contra el derrotado dictador paraguayo Francisco Solano López.

Pero la mera visión de la injusticia y la miseria bastó para convertirlo a un radicalismo político que pasó, invariablemente, por su denuncia del sistema colonial o puramente imperialista. En los ranchos pampeanos aprendió a jugar al truco y a tomar mate, a abogar por los derechos de los indígenas zulúes, de los mineros escoceses, de los obreros británicos, de los turcos enfeudados a rusos e ingleses.

Luego estuvo de oficial naval en Uruguay y pasó al Brasil en un nuevo tráfico de caballos. Su mundo eran las pampas, las incesantes llanuras rioplatenses y riograndenses, ese plano horizontal sólo comparable al mar y al desierto, con su doble piélagos de pasto y cielo donde encontraría tantas similitudes entre el gaucho y el beduino: la misma indolencia, la misma confianza en la bondad de «ese buen muchacho Dios», la misma indiferencia por el progreso tecnológico, la misma necesidad de vivir a caballo, jugar a caballo, flotar en el símil marino de las pampas, siempre a caballo.

Cunninghame era un romántico tardío, tal vez embebido por las creencias arcádicas de Rousseau en la bondad de la naturaleza y del estado de naturaleza en el hombre. Miraba con melancolía cómo los gauchos vagabundos y haraganes se transformaban en peones de las estancias, cambiando el chiripá y la bota de potro por el pantalón de franela metido en la caña de cuero de los camperos tejanos. La

Indivisible unidad de la pampa infinita era rajada por la vía del tren, los ganados convertidos en mercancía y los pulperos vascos o italianos, transformados en banqueros de aldea.

No podía fijarse en un punto. Volvió a la patria en 1878, pasó por España y Francia, se fue a San Antonio de Texas a traficar con algodón mejicano, estuvo en contacto con Buffalo Bill, enseñó esgrima en Méjico-ciudad bajo el nombre de «Professore Bontini».

En 1883 murió su padre, dejando una deuda de 100.000 libras que le obligó a volver nuevamente al país natal. Explotó una compañía de tranvías en Glasgow, siempre montado en su caballo argentino «Pampa» que había comprado por 50 libras y lo acompañaría veinte años, «sin cansarse», como recordaría al dedicarle su libro *The Horses of the Conquest*. En «Pampa» solía concurrir montado a las sesiones del Parlamento, a partir de 1886, como representante del Partido Liberal, donde integró su ala izquierda y tomó posturas radicales: nacionalización de la tierra, impuesto progresivo a la renta, disolución de la Cámara de los Lords, jornada laboral de ocho horas, sufragio univesal, educación libre y secularizada, reforma penitenciaria. Se hizo célebre su frase: «Jamás me retracto» con que solía contestar al Orador de la Cámara.

Este radicalismo lo hizo amigo de Bernard Shaw, quien lo tomó como modelo para el oficial búlgaro de *Las armas y el hombre* e incluyó parte de sus testimonios en *La conversión del capitán Brassbound*. Por participar en un sangriento mitin contra la represión en Irlanda estuvo preso seis semanas con el socialista John Burns.

Pero la aventura volvió a tentarlo. En 1892 vino a España en busca del oro que describía Plinio en su *Historia natural*. No lo halló y pasó a Marruecos. Se dedicó luego a escribir sobre sus viajes y sobre temas históricos de la conquista española, hasta 1914, en que se alistó en el ejército, pero sólo se le encomendó la compra de caballos en América del Sur. El «monstruoso progreso» había cambiado sus pampas. Siempre del lado de los primitivos, dio a estampa un estudio sobre la rebelión mística de Antonio Conselheiro en Canudos, que sirvió también de asunto al clásico brasileño *Os Sertoes de Euclides da Cunha*.

Cunninghame escribió incesantemente en las décadas de los veinte y los treinta, sobre todo temas históricos. Interrumpió brevemente su tarea familiar de escritor para viajar a Ceylán y Africa del Sur. La muerte lo sorprendió —nunca mejor empleado el tópico— en Buenos Aires, en un enésimo viaje que parecía de despedida. Por las calles porteñas desfilaron sus restos, seguidos por los caballos «Mancha» y «Gato», con los cuales Aimé Tschiffely, su biógrafo, había unido

el trayecto del Río de la Plata a la bahía del Hudson. El embajador inglés olvidó su anticolonialismo y elogió al luchador de la libertad, etc.

Tal vez Cunninghame no sea un escritor, pero basta su breve semblanza para dar interés novelesco a cualquiera de sus prosas. En esta antología preparada por John Walker, profesor de español en Ontario, se reúnen algunos capítulos de sus libros relativos a Argentina y, en menor medida, a Brasil, Uruguay, Paraguay, Colombia y Venezuela.

En una prosa concisa y de recatado lirismo, Cunninghame repite la actitud del viajero inglés por las tierras desoladas que son, en ese siglo victoriano, las llanuras marginales de Inglaterra allende el mar. Pero en lugar de ser el clásico observador que espía las producciones del lugar y la posibilidad de ser aprovechadas por el imperio, su pupila romántica se detiene en los paisajes soledosos y en las costumbres arcaicas que lo enternecen, en los restos de misticismo precristiano y en la elasticidad de los caballos pampásicos.

La mirada de Cunninghame es atenta y arcádica. Gracias a *gringos* como él, como Paul Groussac o William Henry Hudson (que tanto conoció «Don Roberto») el paisaje de las llanuras sudamericanas se ha salvado de la desatención de sus habitantes, ante la cual estaba desacreditado por la cotidianeidad, y de las variaciones que la historia le ha impuesto. Su visión es un viaje al tiempo de confines entre la soledad prehistórica y la irrupción del *progreso*: la tecnología ferroviaria, la ciudad, el hilo del telégrafo que borra las distancias, el ejército regular y el hombre asociado al hombre, con su riqueza de alternativas y sus rudos conflictos.—B. M.

LA POESIA DE LA VIDA DEL POETA

HORACIO SALAS: *Gajes del oficio*, Ed. Taranto, colección «Nos queda la Palabra», Madrid, 1979.

Los pasos que suele dar una generación poética son previsibles. Están prefigurados por la historia de la literatura y por las buenas costumbres de las sociedades donde el excedente económico y las tradiciones de la cultura permiten que, cada tantos ciudadanos dedicados a tareas más o menos pragmáticas, un corto número se dedique a escribir versos.

Así, una generación aparece con un manifiesto explícito o disperso, con un puñado de revistas, con un premio por fin entregado a la figura líder, con unos críticos que comprenden sin desdeñar y

sin sentirse ajenos a la novedad, etc. Con suerte y tiempo, los pocos que persisten envejecen, se les propinan becas y seminarios, pasan a las antologías, eventualmente llegan a eso indescifrable y, por ello, algo monstruoso que se llama «gran público».

Pero la historia tiene sus anomalías y sorpresas, y no siempre las previsiones son inevitables. De una de estas imprevisibles variantes en la historia institucional de una generación da cuenta el presente libro de Horacio Salas. Y esto—que el poeta se haga cargo de la anomalía—sí venía en el presupuesto, a pesar de todo, pues la generación de Salas, en la Argentina, deliberadamente, entregó el espacio poético a las minucias de lo cotidiano que, normalmente, sólo provocaron la desatención de los poetas, e instrumentalizó el habla coloquial y los lenguajes periféricos a la «literatura» (los anuncios publicitarios, las letras de tango) como maneras de elocución legítimamente poéticas.

La historia estaba debajo. La historia de un país llevado al límite de sus contradicciones, de un conglomerado inorgánico de fuerzas, todo lo cual hizo crisis de la peor manera. La crisis tal vez sea breve para el largo acontecer de una nación, pero es posible que cubra con su sombra la vida —y la muerte prematura— de muchos hombres.

La historia, sorpresiva, imprevista, cruel, sangrienta, quiebra el sereno discurrir de esta vieja costumbre institucional de la cultura llamada *poesía*. Y el poeta, desarmado de sus rutinas, cede su voz a esta historia.

Primero es el decurso de una historia que desgasta y no satisface:

*Yo he visto a las mejores mentes de mi generación destruidas
por mantener puestitos miserables
no por zambullirse en la violencia de la sangre
o en los oscuros laberintos de los sueños.*

Luego, la cultura-refugio, el sereno acervo heredado de los padres, que una vez resultó eficaz (como se define y se critica en el poema «Kultur»):

*...plantar flores ingenuas y soles con sonrisas
o clavar banderitas en los barcos de diario
no alcanza —es evidente— para adecuarse
a la verdad concreta.*

El intimismo de libros y amores perfectamente privados tampoco es ya suficiente, pues hay

*...un río chiquito como el Mapocho
donde flotan cadáveres entre libros de Freud y Thomas Mann.*

El proyecto generacional, que bien pudo ser cantar la disolución caótica y dramática de un país, tampoco es ya factible. He allí los «gajes del oficio»: no hay poesía si todos los libros de versos perecen en la hoguera y el exterminio alcanza a los poetas. No hay poesía si la historia no le deja espacio, a pesar del lúgubre chiste de Borges en el sentido de que la censura engendra la metáfora porque obliga al poeta a evitar la expresión directa. Ya no es cuestión de metáforas, hipérbaton, oximoron o metonimias. Es cuestión de vida o muerte. No de las palabras que a ellas aluden, sino a su acontecimiento biológico.

A partir de esta constatación, el libro de poemas se transforma en un diario de acontecimientos donde se registran los hechos a que somete el oficio al poeta. Las palabras desencadenan su lógica de hechos propios y el discurso termina por dominar a quien lo emitió, a poco que se tiña de sentidos históricos suficientemente contundentes. Primero será una melancólica mirada que se posa sobre la figura de los amigos que emigran. Después, documentarse sobre el peligro concreto que sobreviene en el tubo del teléfono. Por fin, el exilio propio. El poeta levanta la mirada y encuentra las estrellas desordenadas. Pero la falta de lugar es patente bajo sus pies, donde las tablas del piso crujen, donde el lodazal es blando y hace que los pies se hundan.

El involuntario diario poético en que se ha convertido un deliberado y antiguo itinerario poético termina con un signo de interrogación. Sobreviene lo *atópico* (el sentirse fuera de todo lugar) y la conjetura, ya no meramente poética, de estar en el suelo físico de Madrid, en el suelo mnémico de Buenos Aires o emitiendo las clásicas noticias de Ninguna Parte, la sempiterna Utopía, Tierra sin Espacio. El mundo pierde su fijeza —geográfica y simbólica: la fijeza del «haber llegado a»— y flota a la deriva en busca de nuevos datos axiales.

*Las Tres Marías que andaban tan campantes
a la altura de un piso catorce más o menos
siempre en la misma calle arriba entre los plátanos
de pronto se han perdido
se han escondido lo mismo que el sol un día de eclipse.*

Es, por ahora, el último gaje del oficio.—BLAS MATAMORO (*Ocaña*, 209, 14 B. MADRID-24).